

## ***Por una práctica ética del montañismo***

El montañismo es una de esas actividades deportivas que no necesariamente requiere de la competición y que como muchas de ellas, se relaciona con la naturaleza: La navegación a vela, el submarinismo, la bicicleta de montaña, el piragüismo, cabalgar a caballo. Mención aparte, la caza o la pesca. En el caso del montañismo, la competición ha sido siempre lo extraordinario, al menos en su práctica normal, si excluimos las carreras por conquistar los “ocho miles” de las potencias en guerra, o más modernamente la persecución de record a cada cual más absurdo. Tradicionalmente el montañismo nunca ha sido una actividad competitiva, aunque en los últimos años está cambiando cada vez más y podemos encontrar competiciones deportivas de todo tipo que se desarrollan en el marco de las montañas. Nada que objetar por supuesto, siempre y cuando tales competiciones no se transformen en eventos difíciles de encajar con la protección que requieren los entornos de montaña, que deben primar sobre la práctica deportiva.

Siendo importante, no es éste el objeto de mi propuesta, que se encamina más hacia la defensa de una práctica del montañismo que conserve los aspectos tradicionales y que son consustanciales con el mismo. Los llamo tradicionales, aunque en realidad no son de una u otra época, son universales y atemporales. Abogo por un montañismo ético, comprometido con valores ambientales, por supuesto, pero también que renuncie a competir con otros para ser más o mejor que ellos. Si nos fijamos un objetivo, que no sea por ser el primero, el más rápido, el más duro... sino porque es el que hemos elegido por las razones que fueren. La competición está cada vez más presente aunque sea de manera inconsciente. Queremos hacer las cumbres más altas, un record de tiempo, un record de edad, más número de ascensiones por encima de una determinada altitud, más grado en escalada, etc. Bien, si es por superación personal aunque me temo que en muchas ocasiones no es sino un currículum que mostrar y con el cual compararnos con los demás. Reconozco que esto puede ser natural y comprensible. Yo también he sucumbido en parte, de hecho, no quiero hacer una crítica en términos absolutos, también la competición tiene sus aspectos positivos.

En este proceso de cambio muchos venimos observando cada vez menos montañeros “clásicos”, que son sustituidos por otras tipologías de montañeros que practican deportes extremos, atletas de todo tipo y turistas de montaña con una práctica ocasional. En este escenario es lógico que se vayan perdiendo algunos valores ligados a las montañas, al alpinismo o a la escalada. Propongo un montañismo de bajo impacto, incluso de baja intensidad, ético en su práctica, que no pierda la riqueza que en términos de experiencias y vivencias sugieren las montañas. Sus principales premisas serían:

Primero, el respeto del medio alpino y de montaña en su estado más primigenio posible, sin dejar huella; conservando y disfrutando de la flora y fauna, de su orografía, de sus ríos, del clima y también del medio social, de sus gentes, sus tradiciones, su cultura. En definitiva el respeto por todo aquello que configura el paisaje de montaña.

Segundo, y más importante, el respeto a uno mismo y a cómo se realiza una práctica montañera basada en un profundo amor por las montañas. Siendo honesto y consecuente con valores como el esfuerzo y la dificultad, no competitivo, prescindiendo de medios tecnológicos

excesivos o innecesarios que desvirtúan la práctica, valorando la aventura, cierto grado de incertidumbre y de riesgo controlado, gozando plenamente del silencio, de la soledad, de la belleza de los paisajes, del compañerismo, del clima incluso hostil, disfrutando de cada minuto que pasamos en la montaña. Se me dirá que esto es lo habitual, yo creo que no. Es necesario prescindir y renunciar a los “no valores” que cada día dominan más y más la práctica del montañismo.

Por ejemplo, se puede renunciar a cumbres o vías emblemáticas. No contribuyas a la masificación. Hay miles de otros objetivos menos conocidos, no tan altos o no tan difíciles, pero más salvajes, recónditos e inéditos en los que vivir plenamente la montaña. Prescinde del cronómetro, no te pongas tiempos, ni record, ni nada parecido, disfruta del transcurrir de la actividad y del ritmo lento, utiliza, si puedes, dos o tres días, vivaqueando (mejor) o en refugios.

Prescinde lo más posible de medios técnicos y de infraestructuras de acceso, utiliza en mayor medida el transporte público para acceder a los puntos de partida, a ser posible en los pueblos del valle o a pié de monte. Darás más “grado” a la actividad. No prescindas de un GPS u otros dispositivos, pero úsalos como elementos de seguridad, no como guías que inhiben tu capacidad de orientación, de interpretación del territorio y de los mapas o de la toma de decisiones propias. A cambio tendrás recompensas no imaginadas, descubrirás sitios ignotos que ni imaginabas que estaban ahí, tan cerca. Otros en cambio, remotos todos ellos llenos de naturaleza virgen en los que podrás experimentar nuevas sensaciones y formas de entender la montaña.

Estos postulados no tienen nada de novedosos, son los tradicionales, los que siempre han estado ahí y los que poco a poco se van perdiendo por la dominancia de una cultura del deporte agresiva que valora lo extremo, la imagen exterior, el éxito sobre los demás o sobre la montaña, está de moda el uso de tecnologías avanzadas en detrimento de la autonomía y la autosuficiencia. Igual que tratamos de conservar el medio debiéramos conservar éstos valores, no podemos perderlos pues suponen una riqueza personal y vivencial de incalculable valor ético y humano.

Ya no se trata de que la práctica del montañismo haya evolucionado hacia nuevas formas, sino de que ha sido sustituida por una práctica basada en los “no valores” o en valores no éticos. Son aquellos valores que entienden la montaña como una mercancía susceptible de comprar y vender, y en aras de su comercialización, se agrede el medio físico y de paso, se cargan vivencias, culturas y experiencias profundamente humanas.

Alfredo del Campo  
Mountain Wilderness